

verdaderamente otra cosa que la felicidad del amor, el fruto de la versión más sublime que existe del amor tiene que ser también lo más grande que pueda haber en felicidad de cuanto los hombres han podido imaginar para aplicar ese nombre». (Pieper, 1990. p. 548.)

M.^a DEL ROSARIO GONZÁLEZ MARTÍN

Bibliografía

- CHARLES, T. (1994): *Ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós.
 CHOZA, J. (1988). *Manual de Antropología Filosófica*. Madrid: Rialp.
 FRANKL, V. (1992). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
 IBÁÑEZ MARTÍN, J.A. *Filosofía de la Educación hoy*.
 INNERARITY, D. (1992). *Libertad como Pasión*. Pamplona: EUNSA.
 LEWIS, C.S. (1994). *La Abolición del hombre*. Barcelona: Ediciones Encuentro.
 LÓPEZ QUINTÁS, A. (1992). *El Amor Humano*. Madrid: Edibesa.
 MESSNER, J. (1969). *Ética General Aplicada*. Madrid: Rialp.
 PIEPER, J. (1990). *Las Virtudes Fundamentales*. Madrid: Rialp.

CHARLES, T. (1994). *Ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.

Introducción

El libro de Charles Taylor, comienza aludiendo a las distintas formas de «malestar en la modernidad», título del libro para la edición canadiense. Empieza haciendo memoria histórica: el aumento del saber científico y su correlativo poder técnico, comenzó a arrollar todo. Este desarrollo se apoyaba en la creencia de que el saber era poder, y el poder parecía convertirse inmediatamente en felicidad; el «mito del eterno progreso»... Cuando se esperaba que la felicidad fuera correlativa al alto grado de saber teórico y poder técnico que se había conseguido, estalló el gran conflicto (López Quintás, 1993, p. 53). Concluye López Quintás afirmando: «es muy sencillo. Se cometió un error en una cuestión básica de la vida, se orientó la existencia hacia un ideal equivocado...» (ídem).

Sobre este ideal equivocado se asienta la cultura de nuestro tiempo, que arranca desde la Revolución Industrial y culmina en el desastre bélico más cruento de la historia de la humanidad, la Segunda Guerra Mundial. Desde este análisis comienza Taylor con las tres formas de malestar.

Taylor, analizando la situación actual, cree que el problema más determinante de nuestra crisis ética, y por qué no, también social, radica en la direccionalidad que ha ido tomando el ideal que parece originario de la actual conciencia moral, la autenticidad.

El autor confirma la validez de la autenticidad, muy someramente, pero concluye que actualmente se encuentra corrompido por dos actitudes principales: el individualismo reinante (p. 38), y la primacía de la razón instrumental (p. 40). Estas dos actitudes desembocan en lo que el llama la fragmentación, debida a una desidia ante lo social, el hombre no se siente atraído por algo por lo que luchar desde el punto de vista comunitario y se aísla, hasta el

punto de encontrarse abocado a la pérdida de la libertad, si no reacciona pronto de forma participativa, por el poder de la misma «maquinaria» que él mismo ha puesto en marcha.

Del desarrollo de Taylor he creído oportuno centrarme en el individualismo, ya que me parece la raíz de la mayoría de los problemas actuales y, por supuesto, causante directo de alteraciones en materia relacional dentro del mundo educativo.

Análisis de la obra

Para Taylor «la primera fuente de preocupación la constituye el individualismo» (p. 38). Este es uno de los frutos de la búsqueda de la autenticidad. En nombre de este ideal por el cual «vivimos en un mundo en el que las personas tienen derecho a elegir por sí mismas su propia regla de vida, a decidir en conciencia qué convicciones desean adoptar, a determinar la configuración de sus vidas con una completa variedad de formas sobre las que sus antepasados no tenían control» (p. 38)... el hombre, paradójicamente, ha ido desembocando en su propia destrucción. ¿Cómo puede ser esto?

El individualismo nace de esa búsqueda de la autenticidad. El hombre, después de apoyarse en un saber científico y en un conocimiento técnico arrollador, el cual le hacía sentirse dueño del universo, embriagado por lo que había conseguido, y confiando en su poder ilimitado, se siente capaz de configurarse a sí mismo, se da cuenta de la «grandeza del hombre», de algo que es vital y bueno para él, el hombre se hace a sí mismo, su deber es hacerse a sí mismo.

El problema surge cuando cree que esa determinación de uno mismo puede realizarla sin lo exterior, sólo utilizando la supremacía de la razón instrumental que tanto potencial le ha demostrado tener, eliminando todo a lo que no se llega por medio de ella, casi ignorándolo. Esto le lleva a traducir todo en términos de eficiencia, a tener la firme creencia de que todo se puede conseguir a través de la tecnología (p. 41). Por lo tanto, todo lo exterior lo reducirá a este esquema, sometiéndose a la autorrealización, único fin del hombre moderno. Lo mismo que hace el saber técnico se extrapola a todo conocimiento, instrumentaliza la realidad, incluso la relacional.

A partir de esa radicalidad en el uso del conocimiento tecnológico, se produce en el hombre la sensación de soledad, lo que Taylor llama el «atomismo social»: «la autenticidad parece definirse una vez más de una forma que se centra en el yo, que nos distancia de nuestras relaciones con los otros» (p. 78) ya que el hombre moderno ha convertido «las diversas asociaciones y comunidades en las que entra el individuo en puramente instrumentales en su significado...en definitiva la relación es secundaria a la autorrealización de sus miembros» (p. 77), «el único límite de la autorrealización de cualquier persona debe ser la salvaguardia de iguales oportunidades para los demás en esta realización» (p. 79). En este momento es cuando la humanidad grita con Ortega «Mi humana vida, que me pone en relación directa con cuanto me rodea, es, por esencia, soledad» (Ortega. 1961, p. 437). «Sólo en nuestra soledad somos nuestra verdad» (Ortega. 1957, p. 24,73).

Es cuando el hombre se encierra en el yo, «en una sociedad en la que la gente termina convirtiéndose en ese tipo de individuos que están encerrados en sus corazones» (p. 44). De esta manera «el ciudadano individual se queda solo frente al vasto Estado burocrático y se siente, con razón, impotente» (p. 45).

Así es como el hombre llega a la pérdida de sentido, a la disolución de los horizontes morales produciéndose «el eclipse de los fines» (p. 45).

El ser humano no sabe donde dirigirse, no sabe realmente si merece la pena vivir (p. 53). El estado mientras, en nombre de la libertad y el respeto mutuo, no hace nada para ayudar a ese individuo.

En ese momento es cuando el hombre se encuentra con «el lado oscuro del individualismo que supone centrarse en el yo, lo que aplana y estrecha a la vez nuestras vidas, las empobrece de sentido y las hace perder interés por los demás o por la sociedad»; sólo le queda «la aspiración de un lastimoso bienestar» (p. 39).

El hombre se halla solo ante su individualidad, no se le permite mirar al exterior, al pasado, entonces caería en la falta de originalidad, de autenticidad en definitiva. «La autenticidad entraña... originalidad, y con frecuencia oposición a las reglas de la sociedad e incluso, en potencia, a aquello que reconocemos como moralidad» (p. 99).

Una persona sola sin una sociedad que le apoye, sin un pasado ni una historia y con un mundo relacional fundamentado en la instrumentalización, yace como barca a la deriva ante el futuro. Se encuentra abocada a dejarse llevar; está dentro de una maquinaria a la que parece no poder poner freno y entonces, como un círculo vicioso, se encierra más en ese individualismo, para no desesperarse ante el determinismo de la inevitabilidad.

Después de este análisis me gustaría no perder la esperanza con el autor, por lo que estudiaré las soluciones que pone en juego Taylor para liberar al hombre de éste atomismo en que se encuentra sumergido.

- En un primer lugar el problema surge a partir de una rápida capacitación de poder del hombre gracias al saber científico, como hemos visto. Este poder no es en sí negativo, el bien y el mal no está en las cosas o en el conocimiento, sino en las personas; por tanto el problema radica más en la utilización del mismo, como comprobamos en las guerras mundiales frente a las grandes obras realizadas gracias a la energía que antes había provocado esa catástrofe. Y no sólo en la utilización, sino también en el olvido que produjo la razón instrumental de otros saberes, reduciéndolos o, más drásticamente, anulándolos, como denuncia Taylor: «El temor se cifra en que aquellas cosas que deberían determinarse por medio de otros criterios se decidan en términos de eficiencia o de análisis “coste-beneficio”, que los fines independientes que deberían ir guiando nuestras vidas se vean eclipsados por la exigencia de obtener el máximo rendimiento... hace creer que deberíamos buscar soluciones tecnológicas, aun cuando lo que se requiere es algo muy diferente» (p. 41).

Este reduccionismo es un quedarse a medias en la comprensión de la vida y «quedarse a medias en el estudio de la vida es deformarla» (López Quintás, 1993. P. 62). Por lo tanto, el hombre de la modernidad vive una vida «deforme», coja. La solución, no es tan sencilla como decirla, radica en un conocimiento del ser humano en profundidad, eliminando el reduccionismo de la razón instrumental al darse cuenta de que el ser humano no es aprensible, medible ni, muchas veces, observable en toda su realidad.

Este punto es vital ya que «las consecuencias de este doble error —el de considerar la realidad modélica como la medible y como único método el racional científ-

fico— son escalofriantes,... una de las perniciosas es que nos impide comprender de forma precisa los distintos modos que tiene el hombre de unirse a las realidades con las que ha de relacionarse. Esta falta de comprensión es muy grave porque el hombre se define como un ser de encuentro, ser que se constituye, desarrolla y perfecciona creando relaciones de encuentro, que son modos relevantes de unidad» (López Quintás, 1993. P. 150).

En este texto encontramos las claves de interpretación del problema que nos ocupa. Si la primacía de la razón lleva al hombre a un reduccionismo, éste le lleva a no comprender verdaderamente la realidad, esto a su vez deforma las relaciones, que de la misma manera se ven afectadas por el subjetivismo derivado de la embriaguez de poder. «Lo propio del subjetivismo individual es cabalmente hacer de cada individuo humano la medida de la verdad... en su forma individualista, el subjetivismo determina el alcance y la significación de la verdad por el modo de ser de cada hombre» (Millán Puelles, 1976. P. 76). Este subjetivismo distancia aun más a las personas.

- Si el hombre se ve privado de unos encuentros relevantes, de una vida de relación de calidad, esta carencia repercute en todo su ser, ya que él es en sí ser en relación, y como decíamos se constituye y perfecciona creando relaciones. Esto hace exclamar a Martin Buber «¡Oh, secreto sin misterio, oh amontonamiento de información!, ¡Ello, Ello, Ello!» (Buber, 1993. P. 11).

Este es quizás el punto más radical del malestar de la modernidad. El hombre sin el otro, sin un tú, no llega a realizarse, «la palabra básica Yo-Tú funda el mundo de la relación» (Buber, 1993. P. 12), donde el hombre se hace hombre.

- Taylor ve como solución al problema del individualismo que produce el fragmentarismo la participación, «la única defensa contra ello consiste en una vigorosa cultura política en la que se valore la participación,...» (p. 45), o como se deriva del siguiente texto: «las posiciones atomistas e instrumentalistas son factores generadores primarios de las formas más degradadas y superficiales de la autenticidad, y por tanto una vigorosa vida democrática, comprometida con un proyecto destinado a rehacer el entramado...» Creo y apoyo las palabras de Taylor, pero no las considero el centro de la cuestión. El primer y más grave enfermo no es la sociedad, también ella, pero al que considero que hay que empezar a curar para que la acción sea positiva es a la persona y con ella a toda la sociedad, es a esos «corazones encerrados». Son necesarias personas concretas que luchen y encarnen ese nuevo estilo de relación; personas que viven ese encuentro, que viven con toda su riqueza la vida relacional.
- Quizás el primer paso es convencer a este hombre moderno que, para serlo, no es necesario abandonar el pasado, las tradiciones,... u olvidarse de todo lo exterior a uno mismo. «Las formas que optan por la autorrealización sin considerar las exigencias de nuestros lazos con los demás o las exigencias de cualquier tipo que emanan de algo que está más allá o fuera de los deseos o aspiraciones humanas son contraproducentes, destruyen las condiciones para realizar la autenticidad misma» (p. 71) «La autenticidad no es enemiga de las exigencias que emanan más allá del yo; presupone esas exigencias» (p. 76).

Lo que ha ocurrido es que, «en nombre de una razón que se dice absoluta y autárquica y de una idea del hombre como realidad buena en sí y autosuficiente, se intenta demoler los ámbitos que el hombre va fundando en su vida: hogar, pueblo, Iglesia, instituciones de diverso orden,... Si se culmina tal expolio el hombre queda des-ambitalizado» (López Quintás, 1987. P. 169). Un hombre así se encuentra «arrojado» en el mundo. A esto responden los existenciales —Jaspers, Marcel, Heidegger— proclamando la necesidad de elevarse a una vida auténtica, fundadora de modos de convivencia en los cuales el hombre recobre su dignidad perdida en un «mundo roto» (López Quintás, 1993. P. 57).

Uno de los puntos claves, a mi parecer, es hacerle caer en la cuenta que la relación entre exterior-interior, identidad personal-apertura a las realidades valiosas, vida personal-vida comunitaria, ser libre-estar vinculado, lo propio-lo ajeno, libertad-norma, libertad-compromiso, pudor-espontaneidad de trato, autonomía-heteronomía,... no son relaciones dilemáticas e irreconciliables, sino que en muchos de los casos se necesitan las unas de las otras para darse en plenitud. Esto se puede realizar gracias a una actitud integradora, «son dilemas cuando uno adopta en la vida una actitud no creativa. Son contrastes cuando la relación del hombre con los demás seres es creativa». Por ejemplo, si analizamos el dúo libertad-compromiso, en este sociedad donde reina «la moda del descompromiso» (Innerarity, 1992. P. 55), si ahondamos nos damos cuenta «Que los compromisos y los vínculos más fuertes son aquellos que resultan de la propia libertad» (Innerarity, 1992. P. 56). Así podríamos proceder con cada uno de los pares, desmontando esas supuestas relaciones dilemáticas. De este modo podría llegar a ser capaz de integrar tradición y modernidad, exterior e interior, norma y libertad, premisas claves en nuestra sociedad y que pocos miembros se plantean.

- A partir de este punto es cuando las relaciones cobrarían su pleno sentido. Si el hombre de hoy sabe que puede contar con el otro en su autorrealización se rompería la cadena que desemboca en el individualismo, el otro ya no es un medio para mis fines, no es alguien que instrumentalizo, ya no es un Ello, comienza a ser un Tú. «Aquí el Yo y el Tú están libremente uno frente a otro en una acción recíproca..., aquí se garantiza para el ser humano la libertad de su ser y la del ser. Sólo quien conoce la relación y sabe de la presencia del Tú está capacitado para decidirse. El que se decide es libre, porque se ha situado ante el otro...Más sólo ahora comienza la realización en mí» (Buber, 1993. P. 51). Así es como afirma Buber que el hombre es libre cuando entra en relación con el otro y se decide, es decir opta en su vida, se determina a vivir en este tipo de relación con el Tú y, de este modo, es como comienza su propia realización, eso que tanto busca el hombre moderno y que no es capaz de encontrar por no darle al otro su pleno sentido, por limitarse a su instrumentalización, por no dirigirse a un Tú.
- Como último punto querría incidir sobre algo que he apuntado en párrafos anteriores, cuando Taylor hace hincapié en la participación como solución ante este malestar, con lo que concluye su libro. Retomando lo anterior, para mí éste no es el punto clave, el que apunta Taylor desde su comunitarismo, sino el abrir esos «corazones encerrados» gracias a vivir en plenitud el mundo relacional. Uniéndome a Buber en este magnífico párrafo en el que algunos momentos coincide hasta en los vocablos utilizados por Taylor, pero en el que creo encontrar más pro-

fundidad que en la «participación» e incluso en el Comunitarismo defendido por el autor del libro a comentar:

«No es importante que el Estado regule la economía o la economía el Estado mientras ambos no se hayan transformado. Es importante que las instituciones del Estado se hagan más libres y la economía más justa, pero no para el problema aquí tratado de la vida real; las instituciones no pueden llegar a ser justas ni libres de suyo. Pero lo decisivo es si el espíritu que dice Tú y que responde permanece en la vida y en la realidad; ...si lo que de él persiste todavía en la vida personal del ser humano se incorpora de nuevo a la vida en común. Eso, evidentemente, no se hará con una fragmentación de la vida comunitaria en reinos independientes a los cuales pertenecería también la "vida espiritual"; ...pues de suyo el espíritu nunca actúa en la vida en cuanto que él mismo, sino sobre el mundo atravesando y transformando con su poder el mundo del Ello. El espíritu está verdaderamente "cabe sí" si puede confrontar al mundo que se abre a él, darse a él, liberarse a él y en él. Esto sólo lo podría la espiritualidad dispersa, debilitada, degenerada, contradictoria, que hoy representa al espíritu, si de nuevo floreciese en orden a la esencia del espíritu, en orden al poder decir Tú». (Buber, 1993. P. 50).

«He aquí (...) un gran misterio del hombre. Pierden lo esencial e ignoran lo que han perdido» (Cf. A. Saint- Exupéry: Citadelle, Gallimard. París, 1948. P. 59).

M.^a DEL ROSARIO GONZÁLEZ MARTÍN

Bibliografía consultada

- HÖFFNER, J. (1962). *Problemas Éticos de la Época Industrial*. Madrid: Ed. Rialp.
- INNERARITY, D. (1992). *Libertad como Pasión*. Pamplona: Ed. EUNSA,
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1987). «El Secuestro del Lenguaje». Madrid: Ed. Asociación para el «Progreso de las Ciencias Humanas».
- (1987). *Vértigo y Éxtasis*. Madrid: Ed. Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas.
- (1993). *El Arte de Pensar con Rigor y Vivir de forma Creativa*. Madrid: Ed. Asociación para el progreso de las ciencias humanas.
- MARTIN BUBER (1993). *Yo y Tú*. Madrid: Ed. Caparrós Editores.
- MILLÁN PUELLES (1976). «Sobre el Hombre y la Sociedad». Madrid: Ed. Rialp.
- ORTEGA (1961). *Obras Completas*. Vol. VI. Madrid: Rev. de Occidente.
- (1957). *El hombre y la gente*. Madrid: Rev. De Occidente.